

4. El Estado y el olvido: subjetividad y dominación para la reproducción del capitalismo



JESÚS MOYA VELA*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.429.04>

Este trabajo se desarrolló para exponer la relación intrínseca entre el Estado y el olvido social. Ello es posible al establecer las coligaduras entre la explotación, el poder como dominación y la subjetividad en sistemas capitalistas. Para lo anterior, fue necesario definir al capitalismo como generador de entornos de interacción simbólica, a través de los cuales es posible el encuentro entre las dimensiones mencionadas. El orden de la presentación es la siguiente: se explica cómo es que el capitalismo contiene entornos de interacción, siendo éste también un entorno macro; posteriormente, se analiza la dominación como un traslape entre la explotación y la política; lo anterior permite establecer cómo es que en las sociedades modernas, para que la dominación pueda ejercerse, es necesario que se constituyan narraciones sobre el poder que fungen como ideologías que promueven el olvido social; por último, se cierra el ensayo argumentando que el Estado requiere del olvido social para la dominación como coadyuvante en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.

Palabras clave: *Estado, olvido social, capitalismo, dominación, ideología.*

*Doctor en Ciencia Política. Docente-investigador de la Unidad Académica de Ciencia Política "Doctor Víctor Manuel Figueroa Sepúlveda" de la Universidad Autónoma de Zacatecas. ORCID: 0000-0003-4299-9804 ; correo electrónico: moya@uaz.edu.mx

Introducción

Las relaciones que pueden pertenecerse entre la subjetividad y el poder son variadas. Es correcto afirmar que no es posible reconocer al poder sin la subjetividad; de igual manera, la subjetividad se dinamiza a partir de las relaciones sociales que los agentes sostienen entre sí. Debe entonces partirse del principio anterior. Es necesario para el poder que exista subjetividad que permita que se vuelva cotidiano y que enraíce en lo más profundo de la vida de las personas para que pueda tener continuidad y reproducción. La vida cotidiana, que es un mar de subjetividad y colectividad, será el lugar de partida y llegada para las relaciones de poder. He aquí otro principio que es importante tomar en cuenta: la circularidad entre origen y destino, causa y efecto, es la dialéctica que define la mutualidad entre las relaciones sociales históricas que concretan a todo modo de producción y sus coligaduras con lo político, la subjetividad y la cultura. Aquí hemos escrito sobre la complejidad de dicho vínculo al hacer un esfuerzo por reconocer dos coordenadas de circularidad y mutualidad constante: la subjetividad y el poder en dos de sus concreciones históricas, que son el olvido social y el Estado, respectivamente.

Se inicia este ejercicio analítico explicando cómo es que el capitalismo y las sociedades capitalistas son entornos de interacción macro que concretan espacios de interacción simbólica a nivel micro, considerando además la mutualidad existente entre éstos. Posteriormente, definiremos que dichos entornos de interacción están determinados por la explotación y su necesaria dominación para la reproducción del capitalismo. Se continúa con una descripción sobre las determinaciones existentes entre explotación en clave capitalista y la dominación, que es la forma del poder apropiada para el capitalismo (Poulantzas, 1977). Lo anterior implica una explicación que permita corroborar cómo se coliga el poder en su forma de dominación con lo político y la subjetividad. Finalmente, se expone una derivación del olvido social como elemento de la subjetividad y como proceso impulsado por el Estado.

El capitalismo como entorno de interacción: lo macro y lo micro

El poder se expresa en formas variadas según los contextos y los agentes; esto lo delimita como histórico. Existen diversos caminos que recorrer para explicar cualquier expresión del poder, entendido éste como la capacidad de ejercer efectos sobre la acción y los pensamientos de segundos o terceros; o bien, para la autodeterminación de las acciones mediante distintos mecanismos y recursos. Así, el poder puede desarrollar diversas formas en su núcleo dual. Como Foucault (2009) y Poulantzas (1977) lograron vislumbrarlo, el poder es, entonces, una relación social que acontece entre agentes interactuantes.

Para el capitalismo, la interacción entre los agentes se enmarca en procesos históricos que se concretizan como una totalidad —modo de producción—. Esto es un ambiente que se crea por las relaciones sociales capitalistas, y que del todo a la parte, se dinamiza para lograr su estado histórico y su reproducción a través del tiempo (Marx, 2017). El capitalismo es, entonces, un entorno de interacción, es decir, un entramado general de relaciones sociales que determina las particularidades a nivel micro de lo social.

Las interacciones que se sostienen se determinan por el entorno de interacción total que es el capitalismo, pero las acciones que son expresión de este macro-entorno de interacción suelen tener efectos que escalan hacia la totalidad, dinamizándola y, bajo circunstancias coyunturales, modificándola. Si el análisis se centra a nivel micro, no es posible percibir las intermediaciones relacionales existentes entre los momentos productivos del capitalismo y la vida cotidiana que se desenvuelve en los barrios, los grupos, las familias o entre las parejas.

Esas interconexiones hacen de ambos niveles, el micro y el macro, mutuamente concretizantes. La codeterminación descrita es compleja, ya que además son varios los niveles —intermedios— que se interceptan y varios los componentes micro que se fusionan en la totalidad capitalista. *El Capital* de Marx (1999a) es una gran observación de la totalidad, pero también de los niveles micro y las intermediaciones que permiten la complementariedad entre su diversa composición y su final concreción en un todo: el capitalismo.

El camino analítico que ayuda a descender a la vida cotidiana, o bien, a la inversa, trasladarse de la calle al modo de producción, es dificultoso debido a todos los componentes y relaciones que entran en proceso de coligación. Un ejercicio que permite asir la totalidad cognitivamente, es decir, como método, es abstraer sus componentes y escalas. Como Marx prefirió, ir de la parte al todo y del todo a la parte (Kosík, 1965; Marx, 2017). Es importante recalcar que el todo se concreta en relaciones dialécticas.

La mutualidad existente entre olvido social y Estado se develará al exponer las intermediaciones y sus coligaduras. El concepto entorno de interacción permite hacer este esfuerzo. El ambiente físico, social y cultural tiene niveles, y en ellos se transminan interacciones entre agentes y de éstos con todos los componentes de dicho ambiente (Brewster y Puddephat, 2016; Blumer, 2004). Conforme esto va reduciéndose, los entornos en los cuales se desenvuelve un agente se multiplican. Con la palabra “reducirse”, se pretende representar los niveles que van de la dinámica de los mercados nacionales e internacionales hacia la habitación; o bien de la compleja constitución de relaciones instituidas en territorios de amplitud mayor a la localidad y su devenir constante.

El Estado y el derecho tienen un rol sobresaliente. Éstos instituyen relaciones de clase a través de regular el conflicto entre los dueños de los medios de producción y los grupos de agentes históricamente desapropiados en el capitalismo (Poulantzas, 1977). Las interacciones instituidas y las relaciones entre dichas formas institucionalizadas conforman un entorno que marca pautas de acción y significados que son ampliamente compartidos y que se concretan en normas de acción (Habermas, 2010a). Vale la pena resaltar lo siguiente indicado por Paul Ricoeur: “De los principales empleos de la idea de institución (empleo jurídico-político, organización que funciona de manera regular, organización en el sentido amplio que relaciona valores, normas, modelos de relación y de conducta, roles) se destaca la idea de regularidad” (Ricoeur, 2010, p. 291).

Además del Estado y el derecho, durante el capitalismo se agregan también los mercados modernos, la reproducción de la fuerza de trabajo y la división del trabajo social. Las sociedades se han globalizado tanto, y las interrelaciones entre los mercados internacionales determinan la vida cotidiana de las personas en distintas partes del mundo, que hacen que hoy día

los entornos de interacción tengan características regionales o nacionales. Marx y Engels ya habían visualizado esta relación entre la vida diaria y los intercambios en su análisis de la ideología alemana:

Cuanto más vayan extendiéndose, en el curso de esta evolución, los círculos concretos que influyen los unos en los otros, cuanto más vaya viéndose la primitiva cerrazón de las diferentes nacionalidades destruida por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía natural entre las diversas naciones, tanto más va convirtiéndose en historia universal, y así vemos que cuando, por ejemplo, se inventa hoy una máquina en Inglaterra, son lanzados a la calle incontables obreros en la India y en China y se estremece toda la forma de existencia de estos reinos, lo que quiere decir que aquella invención constituye un hecho histórico-universal; y vemos también como el azúcar y el café demuestran en el siglo XIX su significación histórico-universal por cuanto que la escasez de estos productos, provocada por el sistema continental napoleónico, incitó a los alemanes a sublevarse contra Napoleón, estableciéndose con ello la base real para las gloriosas guerras de independencia de 1813. De donde se desprende que esta transformación de la historia universal no constituye, ni mucho menos, un simple hecho abstracto de la «autoconciencia», del espíritu universal o de cualquier otro espectro metafísico, sino un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable, del que puede ofrecernos un testimonio probatorio cualquier individuo, con sólo marchar por la calle y detenerse, comer, beber y vestirse. (Marx y Engels, 2014, s.p.)

Estamos en un nivel amplio que produce efectos sobre otros; sin embargo, no se está describiendo el origen de dicho nivel, esto es, no se está frente a una explicación lineal de causa y efecto. Las sociedades que tuvieron organizaciones políticas sin Estado, y específicamente sin una división de clases sociales entre desposeídos de los medios de producción, una clase dueña de éstos y hasta del trabajo, construyeron sus formaciones políticas a partir del desenvolvimiento de la cotidianidad (Childe, 1997). Esto indica que las interacciones cara a cara, inmediatas, fueron el trasfondo de las primeras instituciones sociales. Históricamente, parece ser, el origen de las

sociedades está a un nivel constitutivo de entornos de interacción conformados por el ambiente natural y la familia (De la Peña, 1986).

Antes de la llamada Antigüedad, no existían grupos sociales lo suficientemente grandes como para que fuera necesaria la exigencia de instituciones que sujetaran a perfectos desconocidos entre sí. Si se pone el acento en la característica comunitaria de las interacciones sociales primigenias de las sociedades humanas, se identifican entonces a las relaciones sociales como interacciones simbólicas a nivel grupal, posibles por las condiciones antropológicas que permitieron la comunicación y la construcción de significados que, al mismo tiempo, realizan la constitución de formas de acción (Mead, 2015; Tomasello, 2013). Esto es cultura, normas y estratificación social que conformaban la vida cotidiana, productiva y política de las sociedades sin Estado.

Los antropólogos han analizado los nexos entre las relaciones económicas, políticas y rituales y sobre todo de parentesco. En sus análisis históricos se han topado con lo que han definido como política sin Estado, esa parte de la organización de una sociedad a la que le toca establecer un orden determinado dentro de un espacio territorial dado en base a la autoridad y a la fuerza de una sociedad sin clases. Con las clases sociales surgieron los estados, propiamente dichos. Hay un desarrollo de la integración de los grupos humanos que marca diferentes niveles políticos (tribus, señoríos, estados nacionales...) y que tiene que ver con la distinción entre administración y la disputa por los puestos donde se fraguan las decisiones sobre las cuestiones públicas, y donde se ejerce control sobre determinados recursos indispensables en torno a los cuales se estructura la vida cotidiana y sus conflictos. (Alonso, 1986, p. 81)

El transcurso de las historias de la humanidad puede dar la impresión de que el origen de las acciones está en componentes osificados, como las instituciones del Estado o el derecho, o bien en dinámicas complejas como la política nacional o internacional y los mercados. Es correcto afirmar que estas estructuras ejercen suficiente fuerza en la determinación de lo cotidiano, de los espacios micro que definen los sentimientos y pensamientos de la gente (Marx y Engels, 2014). Sin embargo, el origen histórico de los en-

tornos de interacción no se encuentra allí, tal como hemos tratado de argumentar.

Durante el Neolítico, es posible suponer la existencia de sociedades con prácticas institucionalizadas —en el sentido ya expuesto—, así como de clanes o tribus de tamaños relativamente pequeños si son comparados con las poblaciones que se desarrollaron durante la Revolución Urbana, esto es, hacia la Antigüedad en regiones como Egipto, el Indo, Mesopotamia o Babilonia.

Las afirmaciones previas hay que matizarlas. Se tienen registros que indican que en el neolítico existieron poblaciones de hasta 8 mil personas; tal es el caso del asentamiento Çatal Höyük ubicado en Turquía. Sin embargo, no es posible afirmar que lo anterior fuese una norma. Las investigaciones indican que varios grupos humanos de ese periodo que duró varios miles de años se conformaban también en poblaciones reducidas, de cientos de personas. La domesticación de animales y de plantas, así como el sedentarismo, llevaron a un aumento de la población, así que es posible que los grupos de la humanidad de cazadores-pescadores-recolectores característicos del mesolítico, de transición hacia el neolítico, fueran muy pequeños en comparación a aquellos de mayor tamaño durante la prehistoria neolítica (Gibaja et al., 2021).

Sin embargo, aunque la Revolución Agrícola tuvo un efecto sobre el crecimiento de las poblaciones, éstas se concentraban en zonas habitadas donde las jerarquías aún no denotaban la existencia de estructuras estatales ni de instituciones ligadas a la regulación y coordinación de acciones por medio del derecho y el poder político estatal (Childe, 1997). A pesar de que los conocimientos de los periodos mencionados hoy día son más amplios con relación a la cultura y la organización social, es sumamente difícil reconstruir de manera precisa cómo es que se desarrollaron las relaciones sociales de esas culturas, debido a que no se tienen registros escritos, y las evidencias existentes no permiten más que hacer algunas conjeturas al respecto (Gibaja et al., 2021).

Las interacciones cara a cara debieron ser el elemento fundamental que estos colectivos tuvieron para el desenvolvimiento de su vida cotidiana y existencia social. Asimismo, el desarrollo del lenguaje en la humanidad otorga pistas al respecto, ya que distingue su comunicación por el hecho de

estar sustentada en la colaboración. Aunque los gestos, al igual que en los primates, son mecanismos utilizados para interactuar, en el caso de los humanos los dos tipos de gestos básicos que son señalar y el icónico (mímica), así como también la comunicación hablada, se desarrollan por principio de interacción social y simbólica entre dos agentes o más (Mead, 2015). En otras palabras, las relaciones sociales inmediatas, más cercanas e íntimas, fueron seminales en la conformación de grupos y colectivos. Esto puede derivarse de lo que sostiene Tomasello a continuación:

La explicación más acabada de cómo hacen los seres humanos para comunicarse con gestos tan simples de maneras tan complejas, es que, en general, poseen habilidades exclusivas para entablar relaciones sociales entre sí. Más específicamente, los seres humanos cooperan mutuamente de distintas maneras que son exclusivas de su especie y que entrañan procesos de intencionalidad compartida. (Tomasello, 2013, p. 60)

Para la teoría de la acción comunicativa, la colaboración es fundamental para concretar mundos de vida, esto es, formas de existir en el mundo a través de la subjetividad, el mundo objetivo y el mundo social. Esta colaboración, aunque sustento para una teoría de la deliberación, antes de ello es una teoría de la intersubjetividad: la colaboración es posible mediante el lenguaje y la interacción simbólica, mediante acciones comunicativas que establecen medios para compartir subjetivamente la experiencia; por lo tanto, la colaboración es ante todo una integración de acciones, pero también de sentidos sobre "...todo aquello que es al caso" (Habermas, 2010b). Aquí sostenemos que la colaboración, entonces, no es únicamente un logro subjetivo y social, sino además, puede ser, entre otras cosas, una consecuencia de condiciones materiales de orden biológico.

Los primeros entornos de interacción pertenecieron a pequeños grupos sociales que interactuaban de frente y que construían entre sí los distintos significados que daban sentido a las acciones que realizaban. Conforme se tuvieron cambios en las fuerzas productivas capaces de aumentar el tamaño de estos grupos, las interacciones cara a cara dieron paso también a pautas que entramaban espacios sociales más amplios (Childe, 1997). Las relaciones sociales cotidianas, no más complejas pero sí diferentes debido a la

institucionalización de pautas de acción y de relaciones sociales jerárquicas sustentadas en clases sociales, se modificaron.

Lo anterior muestra que las demarcaciones de interacción que son más amplias se determinaron históricamente por la vida cotidiana y por el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, a través de milenios, la expansión de los marcos de interacción hizo que las sociedades se integraran a través de mutualidades existentes entre lo cotidiano, el Estado y el derecho. Es decir, entre lo micro y lo macro.

A partir de lo anterior se puede indicar que las relaciones de poder coadyuvan a conformar interacciones; pero su extensa diversidad y concatenación entre una amplia cantidad de agentes les hace parte de un entorno de interacción que tiene sus delimitaciones ampliadas a formaciones sociales y sistemas políticos. Ello implica que conforme se observa al poder en sus interacciones inmediatas y cotidianas este ambiente denota niveles que hacen que existan entornos de interacción diversos que en su interrelación dan sentido a la totalidad de lo político.

Partiremos de un sentido general, esto es, de la idea inicial que da sentido a los entornos de interacción en sociedades capitalistas donde el Estado es la representación de las interacciones generales de la política. El Estado permite, como hemos argumentado, que lo político se estabilice, que logre estados temporales que pueden ampliarse por periodos largos o cortos en una sociedad relativamente amplia; ello es: la institucionalización de interacciones simbólicas que definen al entorno de interacción.

He aquí otro elemento que es consustancial para comprender las relaciones entre subjetividad y política, entre el poder como dominación y las mentalidades de los agentes, entre Estado y olvido social. Lo descrito hasta el momento significa que los entornos mantienen estados de movimiento donde las interacciones transcurren con pocas modificaciones a lo largo del tiempo —regularidad—. Ello es lo que permite que un componente de los entornos de interacción sean pautas de acción a través de agencialidades normadas —intitucionalización— (Habermas, 2010a). A pesar de ello, estas pautas pueden verse modificadas de manera cualitativamente relevante (Mead, 2015), y los cambios también pueden ser lo suficientemente trascendentes como para lograr ser esenciales.

En otras palabras, los entornos de interacción consiguen esta relativa estabilidad temporal por la institucionalización y se “cristalizan” en instancias como el Estado y el derecho, como hemos argumentado. Sin embargo, la movilidad intrínseca de las interacciones sociales entre agentes y los componentes de un entorno, por desarrollo —movimiento— terminan por reconfigurar la totalidad llevándole a transformaciones. Los entornos de interacción se modifican bajo rítmicas y *tempos* distintos.

Estos argumentos se presentan necesarios para describir las relaciones sociales de producción como un entorno; es decir, como relaciones que determinan interacciones simbólicas entre los agentes —clases sociales— bajo dialécticas de un modo de producción. Nuevamente se insiste que aquí nos interesa el capitalista. Por lo tanto, si aseguramos que la interacción simbólica es el basamento de la subjetividad humana (Mead, 2015; Habermas, 1990), es que esta relación propuesta entre capitalismo como modo de producción y entorno como movimiento y codeterminación de interacciones simbólicas permitirá abordar a la necesaria relación entre el olvido social y el Estado. Recurriremos a explicar la explotación como el segundo punto del análisis aquí propuesto.

Explotación en clave capitalista: basamento de la dominación política en las sociedades contemporáneas

Seremos breves al exponer lo propuesto, ya que Marx (1999a) lo resolvió de manera magnífica en el Tomo I de *El Capital*. En dicha obra devela las relaciones existentes entre el valor de las mercancías, el plusvalor y la lucha de clases por la mejora de los salarios o de las condiciones de explotación u obtención de plusvalor relativo o absoluto —según donde se encuentre el agente en la relación de clases—. El esfuerzo nos permitirá reconocer de manera más cercana al capitalismo también como un entorno de interacción.

La fuerza de trabajo es apropiada por el capitalista; es una mercancía para él y por lo tanto se vuelve capital toda vez que al entrar en los ciclos de producción, ésta convierte materiales en valores de uso y de cambio por medio de la transmutación que la fuerza de trabajo realiza en las materias primas para constituir las nuevas mercancías (Marx, 1999b). Como ha

sido demostrado, las personas que pertenecen a las clases trabajadoras son alienadas en el proceso productivo (Marx, 1984), al tiempo que son explotadas toda vez que el salario no comprende todo el valor que su fuerza de trabajo genera en la producción.

El plusvalor, además de contener la ganancia, también es la expresión económica de la explotación humana, que engendra junto con ello condiciones que marcan la vida cotidiana de los históricamente desapropiados por el capitalismo. La representación teórica del valor en una secuencia matemática expuesta por Marx (Marx, 1999a), sintetiza el proceso: $v=Cc+Cv+Pv$ ¹. Esta composición del valor de las mercancías como valores de cambio muestra que las relaciones sociales en el capitalismo tienen su núcleo en el proceso productivo y en las dinámicas de apropiación del trabajo ajeno, pagado y no pagado.

Para profundizar en lo anterior, se recomienda revisar el Tomo I de *El Capital*; que explica con maestría cómo una jornada de trabajo se determina por un tiempo que es reconocido en el salario, sumado a aquél que no es pagado por parte del patrón a sus trabajadores (Marx, 1999a). Aquí lo que también es importante observar es que este hecho es el fundamento de las relaciones sociales en el capitalismo, es decir, que emanan hacia el resto de la vida diaria como otras tantas formas de expresión de lo social estando impregnadas de la explotación del hombre por el hombre.

Sin duda, la política y lo político se manifiestan directa o indirectamente, o bien en mayor o menor medida, desde la explotación (Poulantzas, 1977). Toda explotación humana tiende a generar condiciones que han resultado ser contenidas por las diferentes presentaciones del poder político. Es decir, para que un sistema de clases sociales consiga mantener la explotación se requiere de la dominación.

Es sencillo afirmar que en un sistema social donde exista explotación, por ende, haya también dominación. Una vista más afinada permite encontrar en las sociedades con formas políticas complejas, que la dominación se expande hasta los espacios donde la explotación de la fuerza de trabajo remunerada con un salario puede no estar presente. Esto es: una relación entre entornos de interacción. En este punto se está frente a dinámicas

¹ V=Valor; Cc=Capital Constante; Cv=Capital variable; Pv=Plusvalor.

de traslape de la dominación necesaria para la explotación, hacia aquellos entornos de la vida cotidiana que requieren ser impregnados de esta relación social para que la explotación continúe reproduciendo al capitalismo (Althusser, 2018).

El traslape de la dominación es entonces un mecanismo de reproducción del capitalismo. Si bien en la fábrica se presentan los ciclos de producción indispensables para la generación y reproducción del capital (Marx, 1999b), es cierto afirmar que los espacios del trabajo no son los únicos entornos que están íntimamente relacionados con las posibilidades de existencia del modo de producción del que se está hablando ahora.

Vale la pena mencionar uno de los descubrimientos más importantes del feminismo marxista, la cultura del cuidado como única responsabilidad de la mujer es fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo que será introducida, día con día, al ciclo de producción. Esta tendencia generó que el capitalismo encontrara las relaciones de dominación patriarcal como necesarias para su existencia. En los hogares, las mujeres fueron relegadas a desplazar su fuerza de trabajo en condiciones de explotación, pero también de violencia de género. Los efectos que las relaciones de dominación patriarcales han generado en las sociedades capitalistas también han tenido consecuencias diversas en los entornos determinados por la política, aunque tienen su centro en la reproducción de la fuerza de trabajo. Marx logró vislumbrar esto en su análisis de la plusvalía relativa:

Los trabajos forzados al servicio del capitalista vinieron a invadir y usurpar, no sólo el lugar reservado a los juegos infantiles, sino también al puesto del trabajo libre dentro de la esfera doméstica y, romper con las barreras morales, invadiendo la órbita reservada incluso al mismo hogar [...] El valor de la fuerza de trabajo no se determinaba ya por el tiempo de trabajo necesario para el sustento del obrero adulto individual, sino por el tiempo de trabajo indispensable para el sostenimiento de la familia obrera. (Marx, 1999a, p. 324)

La dominación consustancial a la explotación, al traslaparse a los diversos ámbitos de las sociedades capitalistas, tiene efectos en las diferentes formas de expresión política y agenciales que son mancuerna de dicha dinámica de traslape. A continuación trataremos de reflexionar sobre cómo

es que se dinamiza el traslape existente entre dominación para la explotación, la vida cotidiana y la política. Para ello, será necesario reflexionar sobre el poder como relación social y cómo éste es determinado por la dominación para la explotación en una sociedad de clases sociales.

Poder como dominación: el traslape entre la explotación y la política

El poder es relacional; por lo tanto, se ejerce (Foucault, 2009). Su despliegue requiere de la interacción entre distintos agentes, principalmente colectivos. Las clases sociales han sostenido relaciones que a lo largo del proceso histórico conforman las vías en que la explotación se recrea en la política (Poulantzas, 1977). Esto es, que hay una clase que explota a otra.

Marx diferenció a las clases sociales en dos; sin embargo, fue una interpretación de un proceso histórico. Esto es, que en la descripción de la acumulación originaria, Marx distinguió una tendencia que rompía con aquello que era regular o común en Europa previo al capitalismo. La división del trabajo social implicaba que no hubiera una separación total entre los medios de producción y el productor (Marx, 1999a). En realidad, la explotación se manifestaba en estamentos que no requerían del control total de la producción, así como tampoco de la apropiación de todos los medios de producción.

El paso al capitalismo requirió que las sociedades europeas —de forma ascendente— fueran presentando un proceso de separación de la clase trabajadora de los medios de producción, al grado de que hoy esa división predomina. Esto implica que en el centro de las relaciones capitalistas existen dos grandes formas de presentarse en el proceso productivo y de explotación: por un lado los que son dueños de los medios de producción; y por el otro quienes no poseen más que su fuerza de trabajo para venderla y así poder reproducir su vida y la de los suyos (Marx, 1999a).

Lo anterior no implica que la sociedad es únicamente una dicotomía, esto es, que la variedad cultural y subjetiva se reduce únicamente a dos grandes grupos sociales. Es decir, la diversidad que toda sociedad contiene puede también clasificarse entre quienes poseen medios de producción y

quienes no. Anteriormente esto no era así, como se ha argumentado, pero en el capitalismo está muy enquistado y su representación mejor conocida es la universalización de aquellas relaciones sociales en el trabajo. A partir de ello, entonces, se puede argumentar que las clases sociales son diversas; en efecto, a distintos niveles y con varias formas de vida y de cultura (Eagleton, 2015). Sin embargo, la dicotomización es real toda vez que la separación de la clase trabajadora de los medios de producción, respecto a las formas de propiedad, es también un acontecimiento histórico.

Lo que hemos tratado de explicar es que las clases sociales están compuestas por distintos colectivos que interactúan en diversos entornos. Incluso, hablando del capitalismo como un sistema global, mundial, al interior de la clase capitalista o burguesa, la división puede ser de confrontación debido a la incompatibilidad de intereses presentes entre diferentes grupos capitalistas (Poulantzas, 1977). Respecto al ejemplo anterior, es posible mencionar que reflejo de ello son las guerras imperialistas, algunos procesos de liberación nacionalistas, así como las guerras comerciales y los conflictos políticos al interior de un país en disputa por proyectos de nación a favor o en contra de bloques capitalistas antagónicos.

Al interior de la clase trabajadora existe una amplia diversidad. Ello definirá diversos intereses y modos de vida, de organización política y mecanismos de lucha y dominación; esto es, variados entornos de interacción. Es así que los colectivos se encuentran también como clases sociales. Esta diversidad consustancial a los grupos humanos aparece o se expone de forma nublada en lo que Marx llamó el Estado político moderno.

Inútil insistir sobre el hecho de que Marx, Engels y Lenin no redujeron la lucha de clases a un conflicto dualista, de carácter finalista, entre dos clases, dominante y dominada, sino que la concibieron como lugar objetivo de una relación compleja entre varias clases y facciones de clase que se definen según su ubicación en el proceso de producción según sus relaciones con la propiedad privada de los medios de producción. (Poulantzas, 1977, p. 67)

Poulantzas (1977) logró reconocer que el marxismo pretendió desarrollar una explicación dialéctica del poder político de los Estados modernos a partir de su desenvolvimiento histórico. El poder político como domina-

ción era un elemento evidente para el desarrollo de la explotación en los regímenes previos a la modernidad. Históricamente lo anterior se modificó, y es en el Estado capitalista que aparecen las relaciones veladas a través de una separación de la sociedad civil y el Estado.

El Estado político con un derecho que reconoce la libertad y la igualdad como tábula definitoria de las clases sociales, organiza la hegemonía partiendo de la ideología que muestra a lo político como integrativo de la diversidad en la sociedad civil (Marx, 2015). Mientras la sociedad civil es una de productores y agentes en intercambio de bienes, con una diversidad amplia de participación en una formación capitalista, el Estado muestra que esa diversidad, incluyendo la de clase social, es en realidad irrelevante ante la supuesta igualdad del ciudadano. El sentido de nación es fundamento, ya que es el centro sobre el cual se constituye el sujeto político en el Estado moderno (Poulantzas, 1977).

Las relaciones sociales centradas en la explotación y su necesaria dominación se obnubilan ante la presentación de lo político como comunidad. La separación entre sociedad civil y el Estado, efectivamente, constituye una relativa autonomía de lo político frente a lo económico; sin embargo, no deja de estar en mutua determinación. Esto es, que esa autonomía a la que se hace referencia permite identificar que el Estado tendrá efectos de diversa índole en el desenvolvimiento del capitalismo.

Es así que la división de clases sostenida en las relaciones sociales de la producción capitalista pasará a segundo término; es decir, subjetivamente, dicha diferenciación no se reconoce como la más relevante ante la vida debido a la integración supuestamente generada por el Estado a partir del derecho y del ejercicio del poder. Sin embargo, la cohesión que esto supone permitirá establecer una hegemonía que coadyuva a la reproducción del capitalismo y a la consecución de los intereses de las clases dominantes (Poulantzas, 1977).

Por ello, el Estado moderno se expresó como nacional. Es en el nacionalismo que la igualdad y la libertad universales, como esencias políticas del ciudadano, asimilan las divergencias de clase y de la sociedad civil permitiendo que la conflictividad de una sociedad de clases se vea afectada, atenuada, velada. Los resultados de lo anterior hacen que un régimen político en un entorno de interacción determinado tenga características ade-

cuadas al desenvolvimiento histórico de las fuerzas productivas, a partir de las características culturales y subjetivas de los distintos agentes que participan en ella.

Así es como la dominación, para la consecución de la reproducción del capitalismo, hace uso de elementos políticos e ideológicos —por ello subjetivos—, para presentar a lo social en una división entre la tierra y el cielo, entre lo material y lo divino. Lo expuesto es, entonces, un ejercicio práctico pero también subjetivo. Ha sido necesario el desarrollo de narrativas que permitan construir un imaginario sobre la cohesión, sobre la primacía de la comunidad política ante las necesidades e intereses materiales de la clase. Así se traslapó la dominación y el poder, la explotación y lo político. El olvido social jugará un rol fundamental. Por lo tanto, la historia y la memoria, en conjunto con el olvido, se integrarán en procesos que coadyuvan a sostener la división entre sociedad civil y el Estado político: la dominación hecha subjetividad política.

La narrativa del poder y el olvido social

En la metodología desarrollada por Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política* se plantea que en el capitalismo se encuentran concentradas las relaciones sociales que lo engendraron y que, además, están presentes en el desenvolvimiento de su desarrollo histórico (Marx, 2017). La propiedad privada ha seguido este curso, ya que aún existente antes del capitalismo, es en ese modo de producción donde expresa su máximo desarrollo histórico. De este modo, es fundamental para la determinación de las relaciones de producción capital/trabajo y para la conformación de las clases sociales que le componen.

En ese sentido, las viejas formas y relaciones sociales que surgen en el devenir de la historia occidental presentaron un desarrollo histórico donde cobran sentido y mayor relevancia a partir de las determinaciones materiales desenvueltas a lo largo del tiempo (Marx, 2017). Este elemento de la dialéctica de lo social definió qué elementos antiguos se integrarían a las relaciones sociales capitalistas y bajo qué predominancias.

Además de la propiedad privada, el trabajo, la mercancía, el intercambio y el salario cobran su máxima expresión en el capitalismo, pese a haber estado presentes en el decurso de las culturas occidentales y en algunas otras geografías. Así, es que los procesos de olvidos sociales y memorias “históricas”, argumentamos, también son integrados a las relaciones de explotación capitalista, toda vez que en el interior de los Estados nacionales fungen para la dominación política un papel crucial al ser integrados a los procesos ideológicos.

Hay que indicar, por lo tanto, que el olvido social, o bien, las prácticas dirigidas a generar olvidos sociales no nacieron con el capitalismo, y por ello, tampoco con los Estados nacionales. Hay viejas prácticas que han sido muy arraigadas por el poder a lo largo de la historia de la humanidad para generar dominación política. Desde la antigüedad hasta nuestros días, la generación de memorias y de olvidos sociales han coadyuvado a las clases dominantes a generar subjetividades que permiten la dominación política (Mendoza, 2013).

Por olvido social comprendemos a la imposibilidad del recuerdo. La memoria no logra recuperar y reconstruir las experiencias que son definitivas de lo colectivo. Ello puede suceder por distintas razones, aunque en tiempos modernos es factible iniciar su descripción a partir de dos categorías: el olvido necesario para la memoria y la cotidianidad colectiva; y aquel promovido por agentes y circunstancias ajenas (Díaz y Valentín, 2013; Todorov, 2021). Dentro de la segunda categoría podríamos ubicar a las dos últimas de las tres clasificaciones o formas de olvidos indicados por Jorge Mendoza; éstas se presentan en el siguiente orden:

- i) el olvido que se cree natural, necesario, que se requiere para que una sociedad se movilice en el presente; ii) el olvido que la sociedad con exceso de modernidad en las grandes ciudades pone en marcha con su acelere social, y iii) el olvido impuesto o institucional que dictan los grupos en el poder. (Mendoza, 2012, p. 339)

Sobre el olvido necesario, debe decirse que la memoria no puede recordarlo todo, y ello se debe a que no todo evento, situación o experiencia —aunque memorizados inicialmente— resultan del todo significativos como

para que sean evocados de manera, si no frecuente, por lo menos lo mínimamente necesario para la vida del colectivo o del individuo (Todorov, 2021). Dicho olvido permite generar coherencia sobre la percepción del tiempo debido a que la memoria integra únicamente aquello que le da sentido al devenir del grupo, ya que hace del presente una lectura clara a partir del pasado, además de ir vislumbrando un futuro en correspondencia a dicha línea temporal y subjetiva (Díaz y Valentín, 2013).

De igual modo, los grupos pueden elegir qué no recordar (Todorov, 2021): lo vergonzoso, los silencios acordados, la decisión de no repetir los rituales de la memoria, por ejemplo, por un proceso de aculturación o transculturación, entre otros, pueden ser motivos que hagan que el olvido acontezca. Por decisión consciente y hasta convenida del colectivo, entonces, la memoria no evoca lo que para éste resulta no funcional o en detrimento de sus condiciones subjetivas, emocionales, políticas y hasta históricas.

Por otro lado, el olvido generado por agentes o instancias externas a los colectivos tendrá distintos mecanismos para dinamizarse. Aquel promovido por el movimiento acelerado que construye subjetividades que no retienen a largo plazo la experiencia, esto es, debido a una especie de vorágine social de la modernidad (Mendoza, 2012), atenderá entonces a causas externas, no a procesos meramente subjetivos, sino a condiciones materiales propias de los entornos de interacción adscritos a la modernidad capitalista.

Lo anterior está entrelazado con otra forma de olvido que no es generado intencionalmente por los colectivos. Debido a que se trata de un proceso en relación directamente dialéctica con la memoria, debe interpretarse en movimiento, y en su causalidad y contradicción externa, la memoria es confrontada por el carácter político del olvido: la dominación y el conflicto (Todorov, 2021). Éste es el tipo de olvido que en este momento más nos interesa. Mendoza (2012) ha descrito diversos procesos por los cuales dicho tipo sucede: la omisión, la retórica del olvido, la censura, la quema de los objetos de memoria, el acto de mentir y la desmemoria.

El autor citado nos permite encontrarnos con viejas prácticas de olvido. Paul Ricour hablará de una memoria ejercida que se contrapone al olvido. Así es como el olvido procura ser procedimental, es decir, acción dirigida por agentes con finalidades diversas (Ricoeur, 2010). Los tipos de

olvido social expuestos en el párrafo anterior tienen como esencia precisamente la dominación.

Desde la Antigüedad, las culturas que han desarrollado relaciones de explotación y dominación han generado olvidos. Jorge Mendoza expone lo dicho al presentarnos diferentes hechos donde el poder y la política hacen del olvido una de sus prácticas: la biblioteca de Alejandría; la quema de libros por el partido Nazi; el genocidio como uno que destruye el punto de engarce de la memoria individual con la colectiva, que es el cuerpo; entre otros.

La historia ha registrado cómo, previo al capitalismo, el conflicto político y el ejercicio del poder han echado a andar formas para que la memoria no encuentre evocación colectiva o para que ni siquiera se concrete la experiencia como tal (Feierstein, 2012). Por ello, el olvido social se ha producido como una forma del poder que durante el capitalismo ha encontrado su desarrollo más acabado.

Para poder sostener dicha idea, primero debe observarse el olvido social como uno que impide la intersubjetivación colectiva. Este olvido pretende hacer que el conocimiento y la experiencia vívida del presente no encuentre caminos para transmitirse y reproducirse. Esto se debe a la incomodidad y hasta al efecto catalizador que la memoria tiene en la acción colectiva. Así, una forma de arrebatarse sentidos e identidades, ajustados y ajustadas por las memorias colectivas, es promoviendo los olvidos.

La dominación encuentra a través del olvido elementos psicosociales apropiados a las ideologías que acompañan la reproducción de las condiciones materiales de un modo de producción. Asumiremos a la ideología en el sentido marxista; esto es, como mecanismos subjetivos y prácticos, además de discursivos, que acompañan a la dominación para permitir la reproducción de la explotación de una clase social sobre otra (Marx y Engels, 2014).

Las ideologías no únicamente cuentan sus versiones de la constitución de las relaciones sociales. También recrean elementos simbólicos que generan procesos subjetivos con contenidos que aportan cosmovisiones de lo social, donde las vivencias en dominación resultan explicadas como inevitables, necesarias, consustanciales a la existencia y hasta deseables. Para poder asumir bajo estos principios a la ideología, debe reconocerse que ésta no es sinónimo de subjetividad ni de cosmovisión o cultura (Veraza, 2018).

Ello no quiere decir que las anteriores no estén interrelacionadas e impacten en el desarrollo de las ideologías, pero cierto es que la ideología es una expresión de la subjetividad reproducida por intersubjetividad, educación y comunicación, que además obedece a lo político.

La ideología es una forma de encontrarse en el mundo, que permite al Yo² interpretar su lugar dentro de las relaciones sociales y al interior de los entornos de interacción. Esta ubicación otorga coordenadas que coadyuvan a identificarse como parte de un amplio entramado de jerarquías, diferenciaciones sociales y marcos institucionales y jurídicos. Marx y Engels (2014) nos dijeron que estos elementos ideológicos aparecen claros respecto a sus codeterminaciones materiales en los periodos previos al capitalismo en las sociedades occidentales y europeas. Esto es, que aparecen perfectamente ajustadas a las relaciones de producción y a las relaciones sociales de producción.

Es así que lo religioso abonó, allende la edad media, a determinar subjetivamente el lugar de los agentes a partir de su establecimiento en relaciones de clases desde una justificación divina del estar aquí en el presente (Althusser, 2018). Las jerarquías, los estamentos, así como la moral y hasta el parentesco, se constituían por diversas explicaciones de la realidad social, justificando la división social en clases.

En el capitalismo, la ideología tiene las mismas características descritas; a pesar de ello, para Marx, acontece en dicho modo de producción una subjetividad de la separación entre lo que se construye como explicación de aquello que hemos llamado el estar aquí en el presente, y los elementos materiales que le dan vida. Esto es, la ideología no es ahora únicamente una

² Aquí entendemos al Yo en los términos expuestos por George Herbert Mead. El *Self*, como psicología de las personas, se concreta de una relación dialéctica entre el Mí y el Yo; el Mí es la asunción de la actitud del otro como ser colectivo, son normas y por ello experiencia pasada. Es un proceso lingüístico como reproducción de la interacción simbólica de manera subjetiva, esto es, en lo individual. El Yo se reconoce en su particularidad en entornos de interacción que le permiten desarrollar su acción en coordinación con los demás a partir de la creatividad que requiere para realizar agencialidades en la cotidianeidad. Así, es que el Yo decide cómo actuar partiendo de elementos subjetivos, es decir, la dialéctica entre lo colectivo y lo individual, entre el Yo y el Mí, y la interacción con los elementos del entorno en el que está inserto, que pueden ser objetos físicos, inanimados, otros agentes, y la fluidez temporal de las acciones coordinadas entre los integrantes de dichos entornos (Mead, 2015; Habermas, 2010a).

explicación favorable de las condiciones a las cuales un agente es sometido por una sociedad donde la explotación se expresa en dominación política; sino también, que ésta ceda dichas condiciones impidiendo reconocerlas.

Para ello, el Estado procura dinamizar procesos que permitan hacer que las subjetividades se reproduzcan ideologizadas en el capitalismo. Dichas subjetividades hacen que las clases sociales se interpreten a sí mismas al interior de las sociedades capitalistas como entornos de interacción, y se desenvuelven en ordenamientos sociales establecidos por la propiedad privada, la explotación y una dominación requerida para que todo el entramado se sostenga a través del tiempo.

En términos de organización política, las relaciones capitalistas lograron manifestarse adecuadamente para la reproducción de las relaciones sociales de producción en los Estados nacionales. Además de los elementos liberales y republicanos que se han expresado en los distintos regímenes políticos que puedan desarrollar lo nacional, la construcción de discursos e ideologías nacionalistas resultan adyacentes a los diferentes elementos constitutivos de los Estados nacionales.

Es en las ideologías nacionalistas donde se ha promovido mejor el olvido social. Estas ideologías constituyen distintas versiones del origen de las relaciones sociales que sostienen a la nación. Narraciones de un origen, un pasado y un presente que encaminan a los pueblos a futuros previsibles debido a un gran plan construido y continuado por personajes de alto aprecio histórico. Lo que hemos reconocido es que estas memorias históricas requieren de olvidos para sostenerse. La generación de memorias y de olvidos a través de grandes relatos tiene dicha característica, según lo sostiene Paul Ricour a partir de Hannah Arendt y Tzvetan Todorov:

El relato, recuerda Hannah Arendt, dice el «quién de la acción». Es más concretamente la función selectiva del relato la que ofrece a la manipulación la ocasión y los medios de una estrategia astuta que consiste de entrada tanto en la estrategia del olvido como de la rememoración [...] Pero los recursos de manipulación que ofrece el relato se hallan movilizados fundamentalmente en el plano en el que la ideología actúa como discurso justificativo del poder, de la dominación. La dominación, como hemos visto, no se limita a la coacción física. Hasta el tirano necesita un retórico, su sofista, para proporcionar un in-

termediario a su empresa de seducción y de intimidación. El relato impuesto se convierte así en el instrumento privilegiado de esta doble operación. La plusvalía que la ideología añade al crédito ofrecido por los gobernados para responder a la reivindicación de legitimación suscitada por los gobernantes presenta también una textura narrativa: relatos de fundación, relatos de gloria y de humillación alimentan el discurso de la adulación y del miedo. De este modo, se hace posible vincular los abusos expresos de la memoria a los efectos de distorsión propios del plano del fenómeno de la ideología. En este plano aparente, la memoria impuesta está equipada por una historia «autorizada», la historia oficial, la historia aprendida y celebrada públicamente. (Ricoeur, 2010, pp. 116-117)

El acompañamiento de las memorias “históricas” a los nacionalismos de Estado implica que para la ideología es necesario que se sea selectivo en aquello que debe subjetivarse como explicación del estar aquí en el presente, que es ese sentido de existencia apoyado en coordenadas espaciales, temporales e identitarias, coaligadas por las memorias “históricas” y las memorias colectivas. Sin embargo, esas memorias sólo recuperan lo que es adecuado al poder: puede ser omitiendo o mintiendo sobre lo que es incómodo para la dominación. Para el poder, que requiere que la ideología constituya dicho sentido de existencia, el olvido ha resultado un ejercicio beneficioso para su desarrollo histórico en el capitalismo.

Conclusiones

Hemos avanzado en describir al capitalismo como generador de entornos de interacción simbólica. Es a partir de las relaciones sociales que este modo de producción genera y reproduce al capitalismo. Los agentes, los colectivos y las clases sociales interactúan produciendo significados y elementos simbólicos que determinan la experiencia de estar en el aquí en contextos que están determinados por dicho modo de producción. Se puede concluir en que debe hablarse de sociedades capitalistas que han adoptado diversas formas según la propia historicidad que les define.

Estos entornos tienen distintos niveles: van de lo macro a lo micro, en un camino de interrelaciones e intersecciones que van dando forma a las subjetividades que cohabitan en ellos. Las jerarquías, las acciones, los objetos —como la gran maquinaria o los muebles de oficina— y hasta lo inmaterial —el lenguaje, la inteligencia artificial, entre otros— es constitutivo de estos entornos de interacción, a través de los cuales las acciones se coordinan y se desenvuelven en forma de interacciones simbólicas. Así, podemos asegurar que la vida cotidiana y las delimitaciones como los mercados o las naciones se coligen dando forma a sus existencias.

La subjetividad adscrita a los entornos de interacción no es sólo su producto. Hay una interrelación de mutualidad: la subjetividad no es entonces un epifenómeno de los constitutivos materiales; hay un mutuo influjo que hace que las acciones dirigidas por el pensamiento como relaciones sociales integradas a la subjetividad motiven transformaciones o continuidades en los entornos de interacción. Por lo anterior es que se ha argumentado que hay concreciones subjetivas que coadyuvan a la reproducción de las sociedades capitalistas, de sus relaciones sociales y de sus condiciones materiales.

Se propuso que la ideología tiene esa función en el capitalismo. Esta recrea elementos simbólicos y significados que coordinan y generan acciones que permiten que los agentes experimenten el mundo desde coordenadas de los entornos de interacción capitalistas. Esto es, la explotación y la dominación que son consustanciales a sociedades como lo son las desarrolladas y subdesarrolladas.

El Estado tiene un rol fundamental en la reproducción de las relaciones de explotación, en conjunto con el derecho y la institucionalización de acciones sostenidas en significados y subjetividades que acompañan la vida en una sociedad caracterizada por clases sociales y la propiedad privada de los medios de producción. Hay una sobre-determinación política del Estado en dicho modo de producción (Poulantzas, 2007) que permite que la dominación aparezca como lo político, en la cotidianeidad y la subjetividad de quienes dominan y son dominados.

Entre otras expresiones ideológicas, y por ello subjetivas, los olvidos sociales hacen parte de lo anterior. Se promueven como ausencias de grandes relatos que reafirman memorias históricas apropiadas para la dominación. Se hace silencio de lo incómodo para el poder, de aquello que no

funciona para que la política como dominación permita que la explotación sea recreada constantemente para que el sistema no se caiga. Estos olvidos denotan la necesidad que el capitalismo tiene de subjetividades que hagan del sentido de la existencia uno que es adecuado, que acepta su condición de clase y hasta la honra como el único camino para ser en el aquí, el antes, el ahora y el futuro.

Referencias

- Alonso, J. (1986). De la política local a la política global: un reto en el análisis de la antropología política. (Notas para la discusión). En M. Villa (coord.), *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas* (pp. 25-32). URSHSLAC y El Colegio de México.
- Althusser, L. (2018). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Grupo Editorial Tomo.
- Blumer, H. (2004). *George Herbert Mead And Human Conduct*. Altamira Press.
- Brewster, B. H., y Puddephat, A. J. (2016). George Herbert Mead as a socio-environmental thinker. En H. Joas, y D. R. Huebner, *The timeliness of George Herbert Mead* (pp. 1-42). The University of Chicago Press.
- Childe, V. G. (1997). *Los orígenes de la civilización* (2a ed.). Fondo de Cultura Económica.
- De la Peña, G. (1986). La antropología sociocultural y el estudio del poder. En M. Villa, *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas* (pp. 23-44). URSHSLAC y El Colegio de México.
- Díaz, A., y Valentín, A. (2013). Memoria colectiva. En S. Arciga, J. Juárez, y J. Mendoza, *Introducción a la psicología social* (pp. 187-230). Porrúa.
- Eagleton, T. (2015). *Por qué Marx tenía razón*. Ediciones Península.
- Feierstein, D. (2012). *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*. FCE.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (2a ed.). Siglo XXI.
- Gibaja, J. F., Ibañez, J. J., y Mozota, M. (2021). *El neolítico*. Catarata.
- Habermas, J. (1990). *Pensamiento postmetafísico*. Taurus.
- Habermas, J. (2010a). *Teoría de la acción comunicativa. Tomo I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Trotta.
- Habermas, J. (2010b). *Teoría de la acción comunicativa. Tomo II. Crítica de la razón funcionalista*. Trotta.
- Kosík, K. (1965). *Dialéctica de lo concreto*. Grijalbo.
- Marx, K. (1999a). *El Capital: crítica de la economía política. Tomo II* (3a ed.). FCE.
- Marx, K. (1999b). *El Capital: crítica de la economía política. Tomo I* (3ª ed.). FCE.
- Marx, K. (1984). *Manuscritos: economía y filosofía*. Alianza.
- Marx, K. (2015). Sobre la cuestión Judía. En K. Marx, *Antología* (pp. 59-90). Siglo XXI.
- Marx, K. (2017). *Contribución a la crítica de la Economía Política*. XHGLC.
- Marx, K., y Engels, F. (2014). *La ideología alemana*. Akal.

- Mead, G. H. (2015). *Mind, self and society*. The University of Chicago Press.
- Mendoza, J. (2012). Imposiciones del poder: una ruta al olvido social. En J. Juárez, S. Arciga y J. Mendoza, *Memoria colectiva. Procesos psicosociales* (pp. 336-382). Porrúa.
- Mendoza, J. (2013). Olvido social. En S. Arciga, J. Juárez, & J. Mendoza, *Introducción a la psicología social* (pp. 275-302). Porrúa.
- Poulantzas, N. (1977). *Hegemonía y dominación en el Estado moderno* (4a ed.). Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (2007). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista* (3a ed.). Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta.
- Todorov, T. (2021). *Los abusos de la memoria* (7a ed.). Paidós.
- Tomasello, M. (2013). *Los orígenes de la comunicación humana*. Katz.
- Veraza, J. (2018). *Marx y la psicología social del sentido común. (Contribución a una teoría marxista del sentido común)*. ITACA.